

BELLO, ANDRÉS (1781-1865)

*LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA*

¡Salve, fecunda zona,  
que al sol enamorado circunscribes  
el vago curso, y cuanto ser se anima  
en cada vario clima,  
acariciada de su luz, concibes!  
Tú tejes al verano su guirnalda  
de granadas espigas; tú la uva  
das a la hirviente cuba;  
no de purpúrea fruta, o roja, o gualda,  
a tus florestas bellas  
falta matiz alguno; y bebe en ellas  
aromas mil el viento;  
y greyes van sin cuento  
paciendo tu verdura, desde el llano  
que tiene por lindero el horizonte,  
hasta el erguido monte,  
de inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,  
de do la miel se acendra,  
por quien desdeña el mundo los panales;  
tú en urnas de coral cuajas la almendra  
que en la espumante jícara rebosa;  
bulle carmín viviente en tus nopales,  
que afrenta fuera al múrice de Tiro;  
y de tu añil la tinta generosa  
émula es de la lumbre del zafiro.  
El vino es tuyo, que la herida agave  
para los hijos vierte  
del Anahuac feliz; y la hoja es tuya,  
que, cuando de süave  
humo en espiras vagorosas huya,  
solazará el fastidio al ocio inerte.  
Tú vistes de jazmines  
el arbusto sabeo,  
y el perfume le das, que en los festines  
la fiebre insana templará a Lico.  
Para tus hijos la procera palma  
su vario feudo cría,

y el ananás sazona su ambrosía;  
su blanco pan la yuca  
sus rubias pomos la patata educa;  
y el algodón despliega al aura leve  
las rosas de oro y el vellón de nieve.  
Tendida para ti la fresca parcha  
en enramadas de verdor lozano,  
cuelga de sus sarmientos trepadores  
nectáreos globos y franjadas flores;  
y para ti el maíz, jefe altanero  
de la espigada tribu, hincha su grano;  
y para ti el banano  
desmaya al peso de su dulce carga;  
el banano, primero  
de cuantos concedió bellos presentes  
Providencia a las gentes  
del Ecuador feliz con mano larga.  
No ya de humanas artes obligado  
el premio rinde opimo;  
no es a la podadera, no al arado  
deudor de su racimo;  
escasa industria bástale, cual puede  
hurtar a sus fatigas mano esclava;  
crece veloz, y cuando exhausto acaba,  
adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! ¡si cual no cede  
el tuyo, fértil zona, a suelo alguno,  
y como de natura esmero ha sido,  
de tu indolente habitador lo fuera!  
¡Oh! ¡si al falaz rüido,  
la dicha al fin supiese verdadera  
anteponer, que del umbral le llama  
del labrador sencillo,  
lejos del necio y vano  
fasto, el mentido brillo,  
el ocio pestilente ciudadano!  
¿Por qué ilusión funesta  
aquellos que fortuna hizo señores  
de tan dichosa tierra y pingüe y varia,  
el cuidado abandonan  
y a la fe mercenaria  
las patrias heredades,  
y en el ciego tumulto se aprisionan  
de míseras ciudades,  
do la ambición proterva

sopla la llama de civiles bandos,  
o al patriotismo la desidia enerva;  
do el lujo las costumbres atosiga,  
y combaten los vicios  
la incauta edad en poderosa liga?  
No allí con varoniles ejercicios  
se endurece el mancebo a la fatiga;  
mas la salud estraga en el abrazo  
de pérfida hermosura,  
que pone en almoneda los favores;  
mas pasatiempo estima  
prender aleve en casto seno el fuego  
de ilícitos amores;  
o embebecido le hallará la aurora  
en mesa infame de ruinoso juego.  
En tanto a la lisonja seductora  
del asiduo amator fácil oído  
da la consorte; crece  
en la materna escuela  
de la disipación y el galanteo  
la tierna virgen, y al delito espuela  
es antes el ejemplo que el deseo.  
¿Y será que se formen de ese modo  
los ánimos heroicos denodados  
que fundan y sustentan los estados?  
¿De la algazara del festín beodo,  
o de los coros de liviana danza,  
la dura juventud saldrá, modesta,  
orgullo de la patria, y esperanza?  
¿Sabrá con firme pulso  
de la severa ley regir el freno;  
brillar en torno aceros homicidas  
en la dudosa lid verá sereno;  
o animoso hará frente al genio altivo  
del engreído mando en la tribuna,  
aquel que ya en la cuna  
durmió al arrullo del cantar lascivo,  
que riza el pelo, y se unge, y se atavía  
con femenil esmero,  
y en indolente ociosidad el día,  
o en criminal lujuria pasa entero?  
No así trató la triunfadora Roma  
las artes de la paz y de la guerra;  
antes fió las riendas del estado  
a la mano robusta  
que tostó el sol y encalleció el arado;

y bajo el techo humoso campesino  
los hijos educó, que el conjurado  
mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡los que afortunados poseedores  
habéis nacido de la tierra hermosa,  
en que reseña hacer de sus favores,  
como para ganáros y atraeros,  
quiso Naturaleza bondadosa!  
romped el duro encanto  
que os tiene entre murallas prisioneros.  
El vulgo de las artes laborioso,  
el mercader que necesario al lujo  
al lujo necesita,  
los que anhelando van tras el señuelo  
del alto cargo y del honor ruidoso,  
la grey de aduladores parásita,  
gustosos pueblen ese infecto caos;  
el campo es vuestra herencia; en él gozaos.  
¿Amáis la libertad? El campo habita,  
no allá donde el magnate  
entre armados satélites se mueve,  
y de la moda, universal señora,  
va la razón al triunfal carro atada,  
y a la fortuna la insensata plebe,  
y el noble al aura popular adora.  
¿O la virtud amáis? ¡Ah, que el retiro,  
la solitaria calma  
en que, juez de sí misma, pasa el alma  
a las acciones muestra,  
es de la vida la mejor maestra!  
¿Buscáis durables goces,  
felicidad, cuanta es al hombre dada  
y a su terreno asiento, en que vecina  
está la risa al llanto, y siempre, ¡ah! siempre  
donde halaga la flor, punza la espina?  
Id a gozar la suerte campesina;  
la regalada paz, que ni rencores  
al labrador, ni envidias acibaran;  
la cama que mullida le preparan  
el contento, el trabajo, el aire puro;  
y el sabor de los fáciles manjares,  
que dispendiosa gula no le aceda;  
y el asilo seguro  
de sus patrios hogares  
que a la salud y al regocijo hospeda.

El aura respirad de la montaña,  
que vuelve al cuerpo laso  
el perdido vigor, que a la enojosa  
vejez retarda el paso,  
y el rostro a la beldad tiñe de rosa.  
¿Es allí menos blanda por ventura  
de amor la llama, que templó el recato?  
¿O menos aficiona la hermosura  
que de extranjero ornato  
y afeites impostores no se cura?  
¿O el corazón escucha indiferente  
el lenguaje inocente  
que los afectos sin disfraz expresa,  
y a la intención ajusta la promesa?  
No del espejo al importuno ensayo  
la risa se compone, el paso, el gesto;  
ni falta allí carmín al rostro honesto  
que la modestia y la salud colora,  
ni la mirada que lanzó al soslayo  
tímido amor, la senda al alma ignora.  
¿Esperaréis que forme  
más venturosos lazos himeneo,  
do el interés barata,  
tirano del deseo,  
ajena mano y fe por nombre o plata,  
que do conforme gusto, edad conforme,  
y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes  
hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas  
heridas de la guerra; el fértil suelo,  
áspero ahora y bravo,  
al desacostumbrado yugo torne  
del arte humana, y le tribute esclavo.  
Del obstruido estanque y del molino  
recuerden ya las aguas el camino;  
el intrincado bosque el hacha rompa,  
consume el fuego; abrid en luengas calles  
la oscuridad de su infructuosa pompa.  
Abrigo den los valles  
a la sedienta caña;  
la manzana y la pera  
en la fresca montaña  
el cielo olviden de su madre España;  
adorne la ladera  
el cafetal; ampare

a la tierna teobroma en la ribera  
la sombra maternal de su bucare  
aquí el vergel, allá la huerta ría...  
¿Es ciego error de ilusa fantasía?  
Ya dócil a tu voz, agricultura,  
nodriza de las gentes, la caterva  
servil armada va de corvas hoces.  
Mírola ya que invade la espesura  
de la floresta opaca; oigo las voces,  
siento el rumor confuso; el hierro suena,  
los golpes el lejano  
eco redobla; gime el ceibo anciano,  
que a numerosa tropa  
largo tiempo fatiga;  
batido de cien hachas, se estremece,  
estalla al fin, y rinde el ancha copa.  
Huyó la fiera; deja el caro nido,  
deja la prole implume  
el ave, y otro bosque no sabido  
de los humanos va a buscar doliente...  
¿Qué miro? Alto torrente  
de sonora llama  
corre, y sobre las áridas rüinas  
de la postrada selva se derrama.  
El raudo incendio a gran distancia brama,  
y el humo en negro remolino sube,  
aglomerando nube sobre nube.  
Ya de lo que antes era  
verdor hermoso y fresca lozanía,  
sólo difuntos troncos,  
sólo cenizas quedan; monumento  
de la lucha mortal, burla del viento.  
Mas al vulgo bravío  
de las tupidas plantas montaraces,  
sucede ya el fructífero plantío  
en muestra ufana de ordenadas haces.  
Ya ramo a ramo alcanza,  
y a los rollizos tallos hurta el día;  
ya la primera flor desvuelve el seno,  
bello a la vista, alegre a la esperanza;  
a la esperanza, que riendo enjuga.  
del fatigado agricultor la frente,  
y allá a lo lejos el opimo fruto,  
y la cosecha apañadora pinta,  
que lleva de los campos el tributo,  
colmado el cesto, y con la falda en cinta,

y bajo el peso de los largos bienes  
con que al colono acude,  
hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! no en vano sude,  
mas a merced y a compasión te mueva  
la gente agricultora  
del ecuador, que del desmayo triste  
con renovado aliento vuelve ahora,  
y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,  
tantos años de fiera  
devastación y militar insulto,  
aún más que tu clemencia antigua implora.  
Su rústica piedad, pero sincera,  
halle a tus ojos gracia; no el risueño  
porvenir que las penas le aligera,  
cual de dorado sueño  
visión falaz, desvanecido llore;  
intempestiva lluvia no maltrate  
el delicado embrión; el diente impío  
de insecto roedor no lo devore;  
sañudo vendaval no lo arrebate,  
ni agote al árbol el materno jugo  
la calorosa sed de largo estío.  
Y pues al fin te plugo,  
árbitro de la suerte soberano,  
que, suelto el cuello de extranjero yugo,  
erguiese al cielo el hombre americano,  
benedicida de ti se arraigue y medre  
su libertad; en el más hondo encierra  
de los abismos la malvada guerra,  
y el miedo de la espada asoladora  
al suspicaz cultivador no arredre  
del arte bienhechora,  
que las familias nutre y los estados;  
la azorada inquietud deje las almas,  
deje la triste herrumbre los arados.  
Asaz de nuestros padres malhadados  
expiamos la bárbara conquista.  
¿Cuántas doquier la vista  
no asombran erizadas soledades,  
do cultos campos fueron, do ciudades?  
De muertes, proscripciones,  
suplicios, orfandades,  
¿quién contará la pavorosa suma?  
Saciadas duermen ya de sangre ibera

las sombras de Atahualpa y Motezuma.  
¡Ah! desde el alto asiento,  
en que escabel te son alados coros  
que velan en pasmado acatamiento  
la faz ante la lumbre de tu frente,  
(si merece por dicha una mirada  
tuya la sin ventura humana gente),  
el ángel nos envía,  
el ángel de la paz, que al crudo ibero  
haga olvidar la antigua tiranía,  
y acatar reverente el que a los hombres  
sagrado diste, imprescriptible fuero;  
que alargar le haga al injuriado hermano,  
(¡ensangrento la asaz!) la diestra inerme;  
y si la innata mansedumbre duerme,  
la despierte en el pecho americano.  
El corazón lozano  
que una feliz oscuridad desdeña,  
que en el azar sangriento del combate  
alborozado late,  
y codicioso de poder o fama,  
nobles peligros ama;  
baldón estime sólo y vituperio  
el prez que de la patria no reciba,  
la libertad más dulce que el imperio,  
y más hermosa que el laurel la oliva.  
Ciudadano el soldado,  
deponga de la guerra la librea;  
el ramo de victoria  
colgado al ara de la patria sea,  
y sola adorne al mérito la gloria.  
De su triunfo entonces, Patria mía,  
verá la paz el suspirado día;  
la paz, a cuya vista el mundo llena  
alma, serenidad y regocijo;  
vuelve alentado el hombre a la faena,  
alza el ancla la nave, a las amigas  
auras encomendándose animosa,  
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,  
y no basta la hoz a las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida  
alzáis sobre el atónito occidente  
de tempranos laureles la cabeza!  
honrad el campo, honrad la simple vida  
del labrador, y su frugal llaneza.

Así tendrán en vos perpetuamente  
la libertad morada,  
y freno la ambición, y la ley templo.  
Las gentes a la senda  
de la inmortalidad, ardua y fragosa,  
se animarán, citando vuestro ejemplo.  
Lo emulará celosa  
vuestra posteridad; y nuevos nombres  
añadiendo la fama  
a los que ahora aclama,  
«hijos son éstos, hijos,  
(pregonará a los hombres)  
de los que vencedores superaron  
de los Andes la cima;  
de los que en Boyacá, los que en la arena  
de Maipo, y en Junín, y en la campaña  
gloriosa de Apurima,  
postrar supieron al león de España».